

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

## textos y documentos

Número 297

Barcelona, 25 de Noviembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

**Lo mismo en Madrid, que en Valencia, que en Barcelona, pensé encontrar una agitación que no he visto por parte alguna. En España no hay fiebre, sólo existe una gran firmeza.**

## Monsieur J. Jézéquel, vice-presidente del "Rassemblement Universel pour la paix", visita España

Monsieur J. Jézéquel ha venido a España, ha estado en Madrid, se ha asomado a las trincheras de la Ciudad Universitaria, de la Casa de Campo.

M. Jézéquel es vice-presidente del «Rassemblement Universel pour la Paix» cuya presidencia la ostentan Lord Cecil (a quien se ha concedido recientemente el Premio Nobel) y el ministro del Aire francés, M. Pierre Cot. El «Rassemblement Universel pour la Paix» cuenta en el mundo con 700 millones de adheridos, de los cuales 16 millones corresponden a Francia. Mr. J. Jézéquel es director del Comité Internacional de Ginebra y del Comité francés que tiene su sede en París.

Habla con cariño de los dirigentes del Comité español del «Rassemblement Universel pour la Paix», Sres. Ossorio y Gallardo — a quien ha visto últimamente en Ginebra — y Alvarez del Vayo.

Mr. J. Jézéquel es pastor protestante. Ha querido comprobar por sí mismo lo que sucede y ha sucedido en la España republicana.

—He recorrido — nos dice — los frentes de Madrid. No puede ser mi opinión la de un técnico, la de un hombre experimentado. Las trincheras son, por desdicha, parecidas en todas partes. He recordado las trincheras francesas en plena guerra europea. Las líneas de fuego que acabo de visitar se parecen en todo a aquellas. ¡Hasta el mismo barro! — añade insinuando una dulce y dolorosa sonrisa.

Desde el punto de vista militar — prosigue — he encontrado una rara perfección en la manera de estar construidas las defensas de la capital de España. Hoy día, puedo asegurar que Madrid jamás caerá en manos de sus enemigos. Desde el punto de vista ciudadano Madrid me ha parecido una ciudad magnífica, insuperable. He estado en la populosa barriada de Cuatro Caminos, en el barrio de Argüelles. En todas partes, por las calles y plazas de la ciudad heroica, la misma calma, la misma aparente indiferencia que hace olvidar la guerra al visitante. Y la guerra está allí, sin embargo; a muy pocos metros de donde juegan estos niños maravillosos.

Mr. J. Jézéquel se muestra sorprendido de la calma ciudadana. Ha encontrado un pueblo tranquilo que atiende a sus quehaceres habituales, que vive la guerra soportando las mismas privaciones que las que tuvo que soportar Francia en 1914,

pero que las soporta con el mismo espíritu admirable que le valió a Francia la victoria.

—Lo mismo en Madrid, que en Valencia, que en Barcelona, pensé encontrar una agitación que no he visto por parte alguna. En España no hay fiebre, sólo existe una gran firmeza, producto sin duda de un gran convencimiento. Esto — añade — es lo que no se quiere creer en el extranjero. Especialmente en Inglaterra y en los Países Nórdicos se ha falseado la verdad presentando a España como a una nación bolchevique, atea y enemiga de la Religión. Frente a esta campaña yo he comprobado que en lo que se refiere al culto protestante éste se ha venido celebrando sin dificultad en Barcelona y Valencia, ciudades en donde sólo hubo de suspenderse durante un mes. En Madrid el culto no se ha interrumpido un solo día desde el 18 de julio del año pasado en que comenzó la sublevación militar. El Gobierno ha procurado siempre su apoyo para que no se interrumpiera el culto. Y verdaderamente es asombroso cómo funcionan las capillas a 500 metros de los frentes y cómo asisten los fieles a las ceremonias de un culto que se celebra mientras se escuchan las explosiones de las balas y las granadas que disparan los facciosos.

Mr. J. Jézéquel ha visitado en España al ministro de Justicia, Sr. Irujo, al de Estado, Sr. Giral, a los subsecretarios de Estado y de Propaganda respectivamente, Srs. Esplá y Echeverría. Ha sido recibido también por el presidente del Consejo, Sr. Negri. Durante su estancia en Madrid visitó al general Miaja — figura simpática y efusiva, nos dice —, al Sr. Henche, alcalde de Madrid y al Sr. Carreño España.

—Con Franco no caben amistades. Cualquier política que tienda a ello representará un error. Franco es Mussolini; Mussolini es Hitler y Hitler es la guerra mundial. La República española defiende hoy la libertad de todos los países, la libertad de Francia en primer lugar. El triunfo fascista entrañaría la necesidad evidente de recomenzar de nuevo la guerra, sería el preludio de un nuevo desastre. La España republicana — insiste Mr. J. Jézéquel — no necesita hombres. Necesita avituallamiento para estos hombres, para estos soldados. Todo lo demás lo tiene. Tiene sobre todo un alma: Madrid.

carga de recordárnoslo. El espectáculo de casas derrumbadas, de barrios destruidos, os lo recuerda con más fuerza aún. Madrid ha sufrido terriblemente, ve aumentar sus sufrimientos cada día, sin que pueda disculparlos ninguna necesidad militar.

Sin embargo, la moral es excelente. Los partidos políticos forman el frente sagrado. Desde las más altas autoridades al más humilde de sus habitantes, todos están unidos en el deseo inquebrantable de salvar la libertad y la civilización de los asaltos de la barbarie. Y tienen la seguridad del triunfo. La España republicana merece la ardiente simpatía de todas las naciones democráticas que profesan el respeto a la dignidad humana.

Para esta simpatía cuenta, además de sus sufrimientos y la nobleza con que los sobrelleva, con otros títulos. En efecto, a su vida está unida la existencia de todos los pueblos que quieren ser libres e independientes. No nos engañemos. Si la España republicana tuviera que sucumbir no habría seguridad para nadie. Sobre su suelo tiene efecto una experiencia que puede tener consecuencias importantísimas. Conviene que nos demos cuenta exacta.

La conflagración europea de 1914 a 1918 parecía haber demostrado que la guerra no reporta nada, ni siquiera a los que la ganan, y que lanzarse a una aventura militar con miras de lucro es una estupidez. Pero se ha inventado una nueva forma de guerra, que bien pudiera ser provechosa. En lugar de emprender una lucha abierta, declarada, con todas las incertidumbres que ello comporta, se elige un país cuyas riquezas naturales se codician. En este país se busca un ambicioso, que se encuentra en todas partes. Se le promete ayudarle ampliamente en su empresa. El ambicioso se deja deslumbrar. Se alza contra el gobierno legal de su país. Encubre su felonía con motivos que él sabe no son reales: «defensa de la religión y de la propiedad, no amenazadas; pero los males han de servirle para ejercer influencia en los países extranjeros mal informados.

Y ya tenemos un país entregado a todos los horrores de la guerra civil. Si el ambicioso es al mismo tiempo un incapaz, será preciso que aquellos que lo lanzaron a su loca aventura intervengan en su favor. No bastará proporcionarle dinero y armas; hará falta también facilitarle hombres. Pero una vez comprometidos, hay que ir hasta el final.

Ésa es la espantosa tragedia que se representa actualmente en España. Unas naciones de presa, hipócrita-

mente, tratan de implantar sobre su suelo un gobierno que les sea completamente adicto, que, en realidad, les entregue el país con toda su riqueza y les permita explotarlo para su beneficio. Si semejante experimento tuviese buen éxito, el peligro más terrible se cernería sobre todas las naciones. Pues en todas partes podría ser intentado el experimento con las mismas probabilidades de victoria. De la suerte de la España republicana depende en realidad la de todos los países cuya grandeza y potencia no les pone a cubierto de toda empresa. Es verdaderamente curioso y sobre todo muy inquietante, que estos países no parezcan haberlo comprendido y no se hayan unido todavía contra esos peligrosos aventureros. Digo esto especialmente por mi país, Francia, tan directamente amenazado. En esto es en lo que la S. de N. podría recobrar todo su valor. Será una desgracia para la humanidad que aquella no pueda desempeñar el papel que le incumbe. Debemos estar agradecidos también a la España republicana, porque su heroica resistencia constituye la gran esperanza de que la iniquidad resulte vencida.

Someto estas consideraciones a la reflexión de mis oyentes. Pero hay otro aspecto de las cosas sobre el cual quisiera llamar su atención. No les causará extrañeza, estoy seguro, puesto que conocen la calidad de que yo estoy revestido. El triunfo de los facciosos y de los rebeldes en España, si lo logran, lo cual parece hoy más improbable que nunca, no sería solamente el triunfo de la brutalidad y de la barbarie, sería también el de la falsedad y de la mentira. La moralidad sufriría con ello un daño irreparable. Todo en esta guerra se lleva con la hipocresía más cínica. La guerra no ha sido declarada, pero prosigue abiertamente. No se interviene de una manera oficial, pero se envían municiones y tropas sin cesar. Créase así una situación turbia, falsa, en la que todo es incierto, y la verdad se escamotea, una situación que hace posible, debido al enloquecimiento de los espíritus, los peores males. Esta práctica voluntaria, metódica de la mentira es uno de los crímenes más graves que se puede imputar a los invasores de España, porque afecta a la Humanidad en sus fuentes más profundas. Amenaza a la civilización hasta en sus cimientos. En esto también me maravilla que la guardianía de la moralidad, quiero decir la Iglesia cristiana, no se haya alzado para condenar semejantes procedimientos.

¿Pero cómo podría hacerlo, se res-

(continúa en la página siguiente)

## Palabras pronunciadas por Mr. J. Jézéquel desde la capital de la República española

Queridos oyentes:

He venido a Madrid, a la heroica capital que desde hace más de un año opone a los rebeldes una muralla infranqueable, para traer al pueblo republicano de España y a su Gobierno los ardientes votos de la «Unión Universal por la Paz», en favor del triunfo de la lealtad, de la justicia y de la democracia. Desde que pisé tierra española no he cesado de recibir muestras de afecto y de cordialidad. Por ello expreso a este grande y desgraciado país mi más viva gratitud.

Esta gratitud me parece que no puedo expresarla mejor que expo-

niendo a los que me oyen, con toda la objetividad de que soy capaz, lo que he visto y escuchado. He hallado el orden más completo en las populosas ciudades de Barcelona y Valencia. Aparte de las precauciones que imponen las eventualidades de un bombardeo nocturno, la necesidad de apagar o disimular las luces, la vida de estas ciudades es normal. La población va a su trabajo y a sus quehaceres con tranquilidad y disciplina. No hace falta en absoluto el empleo de la fuerza pública. Los habitantes acatan sin discusión las disposiciones de las autoridades. Hasta las restricciones de los alimentos

que todos los países han conocido en estado de guerra, son aceptadas con buen humor. Los cafés, los teatros y los cines tienen abundante clientela.

Se me dirá que Barcelona y Valencia están lejos del frente. En Madrid ocurre lo propio y se halla en las primeras líneas de fuego. Al pasearse por sus calles y sus plazas, al ver la población circular tranquilamente, las tiendas abiertas y los pequeños puestos al aire libre, cuesta trabajo imaginarse que las líneas enemigas están a unos cientos de metros. Bien es verdad que el ruido de los cañones y de las ametralladoras se en-



# El centenario de Puchkin en España

Lejos están ya los tiempos de nuestras lecturas del poeta romántico de Rusia. No sé ya cuántos años han pasado. Pero ahora vuelven vigorosamente a nuestro recuerdo con motivo de la conmemoración que se hace en su patria del centenario de su inesperada y trágica muerte. De esa conmemoración algunos reflejos nos han llegado a España, y alguien con autoridad para ello ha querido recordarnos ese centenario, pues Puchkin rebasó el ámbito de su patria, y es genio de tipo universal, aunque por cierto no sea de los grandes poetas que más se hayan leído y se lean en España. Porque, si mis recuerdos bibliográficos no yerran mucho, no creo que pasen de cuatro las obras suyas que se hayan hasta ahora traducido al castellano. De modo que del romántico ruso no puede decirse que sea tan conocido en nuestro país como un Dostoyevski, un Tolstoy, un Gorki o siquiera un Chejov o un Andreiev.

Pudiera alegarse que precisamente la sencilla conmemoración que se hace en el primer centenario de su óbito, tiene sin duda por objeto el despertar el apetito de conocimiento de sus obras, haciendo así lo posible para que fuera más y mejor conocido en España; pero como, en efecto, no va acompañada de ninguna nueva edición y traducción al castellano de sus obras, ni, por otra parte, tampoco de la publicación de nuevos escritos críticos y biográficos, hay que suponer que se trata simplemente de poner ante nuestros ojos de una manera gráfica y plástica la figura del gran poeta romántico, puesto que el modo de celebrar en España el primer centenario de su muerte, ocurrida en 1837, consiste en exposiciones de estampas ilustrativas de sus obras y de su vida azarosa y de diversas ediciones rusas de sus obras, que demuestran que la gloria de Puchkin no ha sufrido mengua en el transcurso del tiempo, no dejando un solo momento de brillar, lo mismo bajo el régimen zarista que ahora con el régimen soviético.

Algo muy profundo, algo auténticamente ruso y universal, debe de haber en la obra de este poeta para que, a pesar de la fabulosa transformación que ha experimentado la sociedad rusa en el siglo transcurrido, siga siendo allí autor muy leído y reverenciado. Y prueba de que esto es así nos la traen las exposiciones que decimos, pues en ellas se nos muestran las cifras fabulosas que han alcanzado las ediciones de las obras de Puchkin con motivo del centenario, y el modo cómo han ido creciendo a medida que avanzaba el tiempo a partir del año de la muerte del poeta. El Gobierno ruso, siguiendo la tradición europea de la conmemoración del «héroe literario», que decía Carlyle, ha hecho grandes tiradas de las obras del poeta romántico y las ha puesto a disposición de todas las fortunas que hoy pueden darse en ese país. Ejemplares de tales ediciones pueden verse en la Exposición que reseñamos; y, como no conocemos la industria editorial rusa lo suficiente para formarnos un juicio exacto de ella, no sabemos si esos ejemplares—en diversos formatos y varia calidad—representan el justo nivel de perfeccionamiento que hasta la fecha de esas ediciones haya podido alcanzar la susodicha industria.

Pero con ser este punto sumamente interesante, lo que más cautiva nuestra atención son las estampas, y no tanto las que sirven de ilustración a las obras del gran romántico ruso, sino aquellas que hacen referencia a su vida y trágico fin. Aunque no tuviéramos más datos que estos, con la sola contemplación de esas hojillas de papel nos bastaría para hacernos en alguna forma cargo del predicamento que gozó en su tiempo Puchkin y de la consternación que produjo su muerte en

duelo. Es probable que la Rusia zarista haya construido el mito del poeta Puchkin (como nosotros hicimos el de Espronceda e Inglaterra el de Lord Byron); pero lo más curioso es que, a juzgar siempre por esas estampas, la Rusia soviética lo ha recibido con gusto de la sociedad que le precedió, y razones tiene sin duda, y lo sigue cultivando.

Las estampas nos cuentan, por decirlo así, la vida del poeta romántico ejemplar. Cada país tuvo el suyo, y todos, los de todos los países, se parecieron en cuanto a lo que pudiéramos llamar la teatralidad de sus vidas apareañales. Bien es verdad que no todos relataron las suyas tan «románticamente» como Byron y Puchkin; pero, a juzgar por las estampas, siempre por ellas, todos ellos hicieron los mismos gestos fogosos y arrebatados, como de arqueros que no se contentaban con menos que lanzar sus flechas al blanco de lo infinito. Sus «dianas» se hacían, juzgando por la estereotipia de sus gestos, en regiones ultra-estelares. ¡Tiempos divinos de magnífica teatralidad! Vistos a la luz de nuestro tiempo, tal vez esos gestos parezcan insoportablemente afectados, cuando no infantiles; pero, a la luz del suyo, estaban investidos de verdad y poesía. Quienes los inventaron o los supieron levantar a los ápices del estilo, esos fueron los predilectos de su tiempo y siguen siéndolo de la Historia. Allí donde brota la planta de un estilo—y los románticos lo tuvieron—, allí se ha laborado para sobrevivir en contra de la corriente aniquiladora del tiempo. Lo que los historiadores «resucitan» en sus historias, son estilos de vida; y allí donde no los hubo, no hay historiador capaz de dar vida a un tiempo que no realizó esa divina invención. Por eso, estilo y vida potenciada, tensa, superior, es tal vez una y la misma cosa. Quien tiene la vida intensa tiene estilo. Puchkin condujo su corta vida con la fuerza e intensidad del huracán, y sus contemporáneos lo advirtieron, sintieron su enérgica presión, como ahora la advertimos nosotros en esta modesta y sugestiva Exposición de la calle de la Paz.

Como este hombre con su don poético había llegado al corazón de su pueblo, ahora el pueblo ruso lo conmemora no menos que pudieron hacerlo sus contemporáneos, a quienes dió estilo, es decir, modos intensos de sentir y de pensar y de conducirse en la vida.

En su faz—véanse sus retratos—está todo el hombre. Los ojos son los típicos del romántico: grandes y llameantes. La cabellera, cual corresponde a la época, un poco en huracán; la boca expresiva, por la que se siente manar palabras coloreadas y ritmos sonoros; su perfil caprino, de estirpe semítica, denota voluntad, ardor y capricho. Su estatura no debió ser prócer. Más bien era corta. Pero toda su figura parece estar animada por una corriente eléctrica de altísima tensión.

Han hecho bien, pues, los organizadores de estas exposiciones trayéndonos recuerdos del poeta romántico de Rusia. Aunque en realidad aquí se le haya leído poco, ¿qué importa? Exposiciones como éstas despiertan por lo menos el deseo de leer o de releer sus obras. Y en las horas dramáticas que vivimos, tan ajenas a los afanes del puro arte, no es poco que haya quien se acuerde de darnos en esa forma un poco de olvido... romántico... que resulta actual, porque el destino del poeta fué también de aquéllos de que se nutre la tragedia.

Juan de la ENCINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

## PALABRAS PRONUNCIADAS POR M. JEZEQUEL...

(continuación)

ponderá, puesto que precisamente ella es combatida por la España republicana? Ya sé que eso es lo que se dice en muchos círculos, pero tampoco ignoro, por haberlo visto con mis ojos y haberlo oído con mis oídos, que ello no es sino una audaz mentira. Certifico, por haberlo visto con mis propios ojos, lo repito, que, por ejemplo, el culto protestante se celebra abierta y públicamente en la España republicana. En el mismo momento de la sublevación de los facciosos, cuando el Gobierno legal se vió privado por la rebelión del

ejército y de la policía, como medida de prudencia y con el pleno asentimiento de los pastores, los templos protestantes permanecieron cerrados durante algunos domingos. Pero después se abrieron, y el culto se celebra ahora en ellos sin la menor dificultad. Ninguna alteración de orden se ha producido nunca por este motivo.

Es verdad, por el contrario, que el culto católico no se ha celebrado públicamente. ¿A quién incumbe la responsabilidad? ¿No le corresponde a la Iglesia una gran parte de ella? En esto habría que abrir un largo

proceso. Por razones evidentes, no quiero emprenderlo. Solamente diré que, después de haber hablado con varios miembros del Gobierno republicano, he adquirido la convicción plena de que este Gobierno está completamente decidido a restablecer la libertad de conciencia y el culto en cuanto las circunstancias se lo permitan y tan pronto como la Iglesia católica se muestre leal con respecto a las instituciones que se ha dado de una manera regular el país. Sé también que muchos sacerdotes católicos, y no sólo en el País

## El embajador de la U. R. S. S. en Londres dice: "Creo firmemente que la joven y valerosa República española saldrá finalmente victoriosa"

Madrid, 23.—El embajador de la U. R. S. S. en Inglaterra, Maiski, ha remitido esta cordial carta, en contestación a otra de un grupo de Amigos de la Unión Soviética de Madrid que lleva su nombre.

Queridos amigos: Muy sinceras gracias por vuestra felicitación con motivo del XX aniversario de la URSS. Es una fecha memorable no sólo en la historia de mi país, sino en la historia del mundo entero. A mi vez, querría felicitaros cordialmente con motivo de otro gran aniversario, el aniversario de la heroica defensa de Madrid, que pasará a la historia de la humanidad como una de las más espléndidas hazañas realizadas por las fuerzas revolucionarias y democráticas en la gran lucha contra el fascismo y el peligro de guerra.

Creo firmemente que la joven y valerosa República española saldrá finalmente victoriosa contra sus enemigos. Me ha causado gran alegría ver que habéis dado mi nombre a vuestro grupo. Eso es un gran honor para mí y lo que deseo es que me enviéis más detalles respecto al número de afiliados, su composición, actividad, etc. Os agradecería mucho toda la información que pudiéramos enviarme sobre esto. Os saluda cordialmente y estrecha la mano. — J. Maiski.

Vasco, están dispuestos a dar pruebas de esta lealtad.

No queda, pues, más que desear, trabajando por él, el triunfo del buen sentido, de la lealtad, de la justicia y de la civilización: por la victoria de la España republicana. Y esto es lo que yo hago de todo corazón.

**SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.**

## ITALIA ACAPARA LA COSECHA DE CEREALES

Roma. — Unos despachos procedentes de Addis Abeba dicen que el mariscal Graziani, virrey de Abisinia, ha ordenado a todos los labradores italianos y abisinios que entreguen al Gobierno la totalidad de sus cosechas de cereales.

Los cereales serán pagados en libras, a los precios fijados por las autoridades y de acuerdo con la tradición local.

A los italianos se les pagará más que a los abisinios, a causa de sus sacrificios como exploradores. Los etíopes no ven con agrado que se les pague en papel moneda; por ello, cuando pueden, ocultan sus productos.

La razón dada para este acaparamiento de cereales es que las provisiones son escasas. Desde Italia se enviará lo menos posible, ya que allí sólo se puede obtener pan de trigo para los enfermos.

El mariscal Graziani ha informado a todos los italianos residentes en Abisinia y en Eritrea, la más antigua colonia de Italia, que deben economizar lo posible la gasolina. La gente tiene que llevar una vida sencilla.

Ha de hacer cuanto pueda por ahorrar oro, con el cual el Tesoro de Roma tiene que pagar el canon correspondiente por cada paquete de alimentos o de otras cosas que pasan por el Canal de Suez.

## En Orán son detenidos unos espías que trabajaban por cuenta de Franco

Orán, 20. — Desde hace algún tiempo, la policía estaba intrigada por las actividades de tres personas muy conocidas en Orán y en Marruecos por sus francas manifestaciones de simpatía hacia los rebeldes españoles.

Estas tres personas, Jonville, propietario de Berkane; Bergé, cirujano-dentista en Orán, y la mujer de este último, fueron objeto de una discreta vigilancia, que no tardó en dar su fruto.

Ayer, a las cuatro de la tarde, la señora Bergé montó en su coche para ir a Marnia, pueblecito cercano a la frontera marroquí.

A su llegada se la sometió a un registro minucioso que permitió descubrir documentos de gran importancia, por lo cual fué detenida.

Al mismo tiempo se dió orden en Orán de detener a Bergé y a Jonville.

Los documentos cogidos a la señora Bergé y los hallados durante un registro en casa de los inculpadados, parecen demostrar que los dos esposos habían organizado un servicio completo de información des-

tinado a tener a los rebeldes espías al corriente del movimiento de navegación entre Argelia, Marruecos y Europa.

Se han encontrado especialmente listas de barcos que están para zarpas de Orán con destino a la España republicana, con indicación de su nacionalidad, su tonelaje, su cargamento y el itinerario que habían de seguir. Estos informes permitían la detención de estos barcos y les exponían a ataques aéreos como los que se han producido durante las últimas semanas.

El papel de Jonville, dueño de un avión particular, consistía principalmente en servir de enlace entre los centros de espionaje oraneses y sus misteriosos corresponsales.

Por la tarde se efectuaron otros registros en casa de dos habitantes de Orán que, sin ser parientes, tenían el mismo apellido de Thomas. Aún no se conocen los resultados.

La señora Bergé y Jonville, puestos a disposición de la policía, no han sido aún interrogados. Bergé fué puesto ayer mismo en libertad provisional. («Le Soir», 21-XI-37)



## Franco promete una civilización filosófica a base de democracia sin constitución y capitalismo sin ricos ni pobres

El «generalísimo» ha hablado con un periodista inglés. Su charla no ha sido a medias palabras, más bien a palabra entera y a media intención de añadidura. Franco ha dicho, con su peculiar descaro, cómo ha de ser el nuevo Estado que imagina fundar. Ha pronunciado la media palabra de más que todo lo explica. «En el nuevo Estado español existirá la verdadera democracia». Cumplido con esto el primer paso de sus falsas promesas democráticas, resta sólo el incumplimiento cierto de lo prometido, falta tan sólo abolir la Constitución española. ¿En qué ha de consistir si no esta sorprendente democracia pregonada por el caudillo fascista?

En el nuevo Estado serán derogados cuantos decretos prohíben la enseñanza y el ejercicio de cualquier industria a las Ordenes religiosas, y todos los decretos que hacen referencia a la incautación de los bienes de las mismas. Se anulará la disolución de organizaciones religiosas, in-

cluso la de la Compañía de Jesús. Así dará comienzo lo que el «generalísimo» —superlativo andante— llama «la obra de civilización de carácter filosófico».

¿Hasta qué punto alcanzan estas filosofías del fascismo en decadencia? «Todas las Universidades serán católicas. Habrá asignaturas de Religión, Teología e Historia religiosa. La cultura religiosa superior no faltará en la nueva España. Nuestro Estado será católico, porque católica ha sido, es y será la nueva España.»

Tal dice Franco. La novedad de la España futura — aun no nacida o abortada ya en terreno faccioso — consistirá en la resurrección de su rancio catolicismo. Catolicismo que no será tal catolicismo, sino interesada y atrevida protección de palabra de quien sólo desea sentirse de hecho protegido.

Nada importa — nada le importa a Franco — que sobre el territorio que domina hayan caído muertos los

religiosos vascos y hayan sido destruidas las iglesias del Norte de España. El «generalísimo» ha dicho: «Se restaurarán los templos con cuidado especial, ya que habrán de cumplir una gran obra de expansión misional, que se ha de esparcir por todo el mundo.»

El cinismo de Franco llega al colmo. Franco, ante el absorto periodista inglés, ha pronunciado la frase que condensa sus más agudas filosofías: «En España disminuirá el número de ricos, pero también habrá muchos menos pobres.»

Nadie lo duda. Los ricos españoles se ven reemplazados por los enriquecidos alemanes. Su riqueza, como la riqueza de España, ha sido malvendida por Franco. Pobres, pobres de pedir y honrados de no pedir clemencia, ya casi no queda ninguno después de las persecuciones injustas y sañudas a que han sido sometidos por los partidarios filosóficos, católicos y demócratas del «caudillo liberal».

## Las dificultades económicas de Italia han obligado a Mussolini a reformar su gobierno

Quienes hayan seguido los acontecimientos interiores de Italia en las últimas semanas, no dudarán de que el régimen fascista italiano atravesó en esos días una crisis financiera, monetaria y económica particularmente grave.

Como primera medida creó un impuesto sobre las sociedades anónimas y otro sobre el capital — el segundo desde la terminación de la guerra.

En segundo lugar elevó en un 100 por 100 el precio de los productos importados, especialmente la gasolina, cuyo precio, ahora, en Italia, es de 26 francos franceses los 5 litros.

Como tercera medida, concertó acuerdos económicos y comerciales con cierto número de países susceptibles de organizar sus relaciones económicas internacionales sobre la base del trueque.

Por último, intentó su aproximación a Francia, aproximación que constituye la condición para un acuerdo con la Gran Bretaña y los Estados Unidos, directores de la economía mundial. Este hecho, no menos significativo que los anteriores, nos aclara las dificultades italianas.

Pero estas decisiones no fueron sino el preludio de la reforma del gabinete italiano, reforma visiblemente dictada por la inquietud económica y financiera que reina al otro lado de los Alpes.

Mussolini, que acaparaba ya las carteras del Interior, de la Guerra, de la Marina y del Aire, ha decidido encargarse también de la de las Colonias.

Quizás — lo que ocurre en el Norte de África nos lo indica —, porque Mussolini quiere actuar por sí mismo en el terreno colonial. Esto nos da motivos para reflexionar... Quizás, también, porque para Italia se trata, ahora que ha conquistado un imperio

colonial, de realizar «la autarquía económica». Decimos «autarquía» en el sentido de que Italia siente la necesidad imperiosa de bastarse a sí misma, ya que no dispone de oro ni de divisas, que su política guerrera absorbió para comprar en el extranjero. La autarquía económica, es decir, la dictadura que ya existía sobre la economía, va a ser completada por la autarquía, es decir, por la organización, la limitación e incluso la supresión de las importaciones que no tengan como base el trueque.

Consecuencia inevitable: El problema del cambio y de las divisas se hace vital. Se crea un ministerio únicamente para ello. Ello es sintomático.

Queda por saber ahora si tales medidas serán suficientes para restaurar las finanzas, la economía y la moneda.

El régimen fascista tiene que pagar ahora las consecuencias de su política imperialista y de su política de aventura. ¿Podrá saldar la cuenta alguna vez? Este es su drama.

(«La Dépêche», Toulouse, 21-XI-37.)

## La importación de artículos alimenticios italianos

Los únicos autorizados para entrar en Abisinia han de ser objeto de un permiso especial. Esta medida se refiere incluso a los paquetes que se envíen desde Italia a los soldados, a los colonos y a los obreros.

Muchos miembros del Cuerpo de trabajadores italianos que han regresado a su patria han sido substituidos por abisinios.

(«The Daily Telegraph and Morning Post», 20-XI-37.)

## Un joven campesino, asesinado en la jefatura de policía por haberse negado a marchar a España

Bolonia, 20 noviembre.—En Monghidoro, villa de 5.000 habitantes, a 40 kilómetros de Bolonia, el joven Camillo Bergnani, de 25 años de edad, había solicitado el año pasado ir a trabajar como labrador al África Oriental. Hacía largo tiempo que no trabajaba y esperaba resolver de esta forma la desastrosa situación en que se hallaba, cuando pasados unos meses, había perdido ya toda esperanza, recibió la ansiada respuesta, en la que se le decía que debía partir dentro de algunos días para Alemania.

Al cabo de una semana, Vergnani partió para Génova con 40 campesinos que habían de embarcar con él con rumbo a Massaua. Ninguno

de ellos sospechó nada, pero apenas llegados a Génova, empezaron a comprender por algunas palabras de sus compañeros, que iban destinados a España. La duda se hizo realidad cuando les fué comunicado que sólo los casados marcharían a Abisinia, pues los solteros iban a ser enviados a otro sitio «al servicio del duce».

Vergnani, al conocer la noticia, no supo disimular su desencanto, y gritó que no iría a España, que adonde había pedido ir era a Abisinia, y que él y sus compañeros eran víctimas de un engaño. Aun no había transcurrido una hora de su protesta cuando fué detenido por milicianos fascistas y llevado a la jefatura de policía. Lo que ocurrió después no

se ha podido averiguar. Díjose en Monghidoro que el pobre muchacho fué asesinado a puñaladas. Pero esto no se ha comprobado tampoco. Lo cierto es que, por la noche, el cadáver de Vergnani fué llevado al depósito del cementerio y fué inhumado en el mayor secreto. A la familia se le dijo que el muchacho había sido detenido en Génova porque fué hallado en la calle en estado de embriaguez y que luego se había cortado las venas con un cortaplumas en el calabozo de la comisaría.

Este es el hecho trágico. Otra nueva vida bárbaramente cortada.

(«La Voce degli Italiani», 21-XI-37.)

# LAS MILICIAS

(continuación)

Esta fuerza absurda, pero de recio espíritu combativo, alcanzó poca raigambre popular en las demás regiones; pero, en cambio, fué mimada y protegida por las clases dirigentes reaccionarias, que vieron en aquella masa la garantía de una vuelta al pasado y de una retroacción al dominio clerical. En la mujer castellana, de religiosidad oscura, el Requeté, con su estampa de cruzado y profusión de cruces y medallas, ejerce extraordinario influjo.

El famoso decreto de Unificación de Milicias sometió la Falange a la caciquería de la camarilla militar y reaccionaria de Franco; los falangistas antiguos y auténticos no quisieron participar en esta farsa humillante de la Falange española tradicionalista y de las Jons y se separaron de la organización, refugiándose unos en el Ejército regular y otros en sus puestos o empleos civiles.

Desde la fecha de implantación de esta dictadura militar sobre Falange, murió ésta con su espíritu verdadero, y sus afiliados sinceros preparan en la sombra la verdadera y definitiva revolución, que llaman nacional-sindicalista, por la que constantemente claman sus órganos y su Prensa.

El Requeté tampoco se muestra entusiasmado con esta fusión, pero como en ella ha mejorado notablemente, absorbiendo los puestos de mando esenciales y beneficiándose de las organizaciones creadas en la retaguardia por Falange, se ha sometido al mando único, obediente, además, a la aprobación clerical de tal medida.

En rigor, la híbrida entidad F.E.T. de las JONS, arrastra una existencia precaria y ficticia, pues cada milicia conserva sus insignias, distintivos y uniforme propios; todo el poder dictatorial de Franco no ha sido capaz de imponer el decreto, firmado y guardado me-

drosamente, sobre el uniforme único de tal Milicia (camisa azul y boina roja), idea de Yagüe, el amigo íntimo de Franco, hoy también, por cierto, en desacuerdo completo con él, y desterrado.

### LAS OTRAS MILICIAS

Además de la Falange y el Requeté, fuerzas básicas de la rebelión nacionalista, como auxiliares del Ejército, han existido en aquella zona otras milicias que por su escasa importancia examinaremos ligeramente.

Ya en el capítulo segundo vimos la actuación y funcionamiento de las milicias de Albiñana «los Legionarios de España»; las «primeras camisas azules» aparecidas en la región burgalesa al advenir el movimiento militar.

Las Juventudes de Acción Popular, los Japosos, como se les denominaba en la zona, era una mesnada insignificante y poco considerada, residuo vergonzante de aquel partido presuntuoso de los «Trescientos»; Gil Robles, que osó presentarse en la zona a revistar sus fuerzas, tuvo que ausentarse precipitadamente ante las serias advertencias de Falange, y pasea hoy su tristeza y su fracaso por la tierra portuguesa, queriendo ser el enlace de la vieja política con el movimiento nuevo, por vía Londres-Herrera-Franco.

Las fuerzas de la JAP, impotentes para defender a su jefe, le vieron partir apesadumbradas, y pasearon su triste acefalia por la zona franquista; esta fuerza languideció paulatinamente, consumiéndose en aquel amor al jefe imposible.

Las milicias de Renovación Española, grupitos de aristócratas monárquicos, de uniforme elegante y boina verde, tuvieron una actuación inicial heroica y exaltada en las alturas de Somosierra, pero desde aquella gesta aislada nadie supo lo que hacían ni representa-

ban; yo llegué a la convicción de que esta milicia la componían los hermanos Miralles únicamente.

Además de esas fuerzas ideológicas, se constituyeron en cada provincia y aun en cada ciudad y pueblo de importancia las llamadas milicias ciudadanas (Acción Ciudadana, en Zaragoza y Sevilla; Guardia Cívica, en Galicia, etc.), cuya misión consistía en nutrir los piquetes de ejecuciones, ser los conductores y guardianes de los reos, hacer guardias en Telégrafos y demás Centros oficiales y desfilan torpemente en las procesiones y actos-homenajes.

Estas milicias, constituidas por hombres maduros (la vieja guardia reaccionaria de cada ciudad), se distinguieron notablemente en la fiereza represiva, pues sus componentes se dedicaron sañudamente a la satisfacción en cada localidad de sus mezquinos odios y rencores personales; la gente les odiaba despectivamente: «¡ya vienen los quintos!», se oía burlonamente en las calles al desfilan estas fuerzas de ciudadanos maduros y vejatorios.

Las milicias ciudadanas impusieron en las ciudades un sentimiento rencoroso hacia el elemento civil no uniformado; yo he tenido que pasar por la humillación (al igual que todos los paisanos) de soportar en las calles y cafés, carteles vejatorios que decían: «Los que no lleváis uniforme merecéis faldas».

Pues bien, todas estas milicias que se dedicaban tan arduosamente a la injuria y vejación al elemento civil desarmado, se hundieron al soplo del decreto de Unificación de Milicias, desapareciendo, del mismo modo que se crearon, entre la indiferencia y desprecio del pueblo.

## EL PUEBLO

De los diversos aspectos interesantes surgidos en el panorama de la España nacionalista, quizá el que se presente más firme y vigoroso para el análisis es el del pueblo.

(Continúa en la página siguiente.)



¿Y el pueblo? ¿Qué hace, qué dice el pueblo en aquella zona?

Esta constante interrogación pende en los espíritus y en las conciencias, no sólo de los españoles, sino de todo el mundo.

Porque la gente sabe perfectamente que en la gran zona nacionalista la imposición militar absorbente ha sojuzgado al elemento popular, pero inquiere el alcance, impresión y sentir de toda esta enorme masa.

¿Qué piensa? ¿Qué dice el pueblo?

Para poder resolver, siquiera sea en cierto modo, estas interrogantes, concretamos antes el verdadero sentido y significado de la palabra «pueblo».

El pueblo no es solamente el elemento proletario, al que antiguas injusticias han colocado después en planos de predominio; el pueblo no es un partido o clase determinada, de arriba o de abajo, de derechas o de izquierdas; es el conjunto de personas y de ideas, de afectos y de intereses, la familia humilde y el empleado burgués, el rico comerciante y el pastor, el mecánico y el estudiante, el campesino y el militar, en general todos los factores de vida en el país.

¿Qué piensa este pueblo del régimen nacionalista?

Cuando se produjo el movimiento militar, España no se hallaba dividida en dos zonas. España era un todo homogéneo, con las naturales diferencias de tierra y raza en sus regiones, pero que no afectaban al todo orgánico constituido por el Estado español. Ni siquiera las autonomías acusadas catalana y vasca imponían una distinción en el orden social, sino meramente en lo político y administrativo.

Se realizó el golpe militar, y su fracaso en ciertas zonas dejó a España dividida artificialmente; tal delimitación no se hizo de un modo razonado o sentido, sino que la división absoluta, tajante entre las dos zonas, la roja y la blanca, ha sido causada pura y exclusivamente por razón militar y de guerra, y utilizando aun más, por razón de guerrilla o de primer avance; allí donde surgió el choque o la trinchera de contención, quedó marcada la frontera divisoria.

Consecuencia de esta delimitación fortuita, ha sido la existencia en España de una guerra absurda y estúpida, que no es racial ni de ideas, sino pura y simplemente geográfica.

Trazadas las líneas que los frentes enmarcan, se han creado artificiosamente dos grandes zonas: la roja y la blanca, donde todos los habitantes han de cobijarse, forzada y difícilmente.

Constituyen el pueblo, en la zona blanca (única que conozco) todos los que se encontraban en ella al trazarse militarmente la línea de separación. Esta afirmación que parece una perogrullada, es la clave de su situación actual.

El pueblo sigue pensando igual que pensaba antes y pensó siempre; él no tenía problema alguno vital; el movimiento brutal que arrasa España, no ha sido

un alzamiento nacional contra un opresor, ni un intento logrado en devenir imperialista; ha sido pura y llanamente un golpe militar monárquico y reaccionario, y el pueblo ha ido presionado a remolque de él.

El empleado, el obrero, el industrial, el estudiante, el campesino, todo el elemento componente de la sociedad civil, ni se dieron cuenta de su preparación, ni una vez impuesto, calcularon el alcance del mismo.

Ignorante al principio y atemorizado después, el pueblo vive, desde el 18 de julio de 1936, víctima de dos fuerzas, mantenidas en el terreno de su nivel intelectual tan inferior: una, el terror desatado por la reacción dominante; otra, la calumnia y engaño en que las altas esferas lo mantienen.

De los efectos del terror sobre el pueblo, poco puede decirse ya, que no sea suficientemente conocido.

El número ingente de fusilamientos y detenciones, el régimen de delación preconizado e impuesto, el ambiente dramático y clerical y su constante acción vengativa, han creado en el pueblo indefenso un estado de catalepsia y de pavor inenarrables.

Abandonado a sus tiranos, que por sorpresa y preparación anterior le han dominado, el elemento proletario, en particular, sufre una grave crisis de desaliento y angustia.

Ante el brutal trallazo militarista, y el predominio de las antiguas fuerzas de la reacción opresora, el pueblo sobrecogido ha buscado el amparo en las propias organizaciones de aquella zona; este es el secreto del auge falangista; los obreros y el pueblo en general, atemorizado e inseguro, se refugian en la Falange, en cuyo seno hallan fácil acogida, como un remanso en la persecución y lucha desatada.

Huyendo de una tormenta impensada y de alcances pavorosos, cada uno ha buscado refugio en la fuerza más idónea o simplemente en la de más fácil ingreso.

Esta es la causa del creciente influjo de todas las fuerzas coadyuvantes a la rebelión; no se han nutrido de partidarios, sino de advepedizos temerosos, anhelantes de resguardo.

Mas si el terror es una de las palancas actuantes, en especial sobre los proletarios, hay otro medio que ha ejercido su acción, principalmente sobre las otras clases sociales, con parecida eficacia a aquél. El engaño y la calumnia.

Sometida la Prensa, única información y fuente de cultura de aquellas zonas, a una férrea censura militar; obligada a la inserción de todas las noticias y artículos que el Mando, por medio de su Delegación de Prensa, cree conveniente, se ha infiltrado en el pueblo la dosis conveniente de rencor, falacia y estulticia.

La rebelión, fracasada en su iniciación, se ha sostenido en las zonas sometidas militarmente, a fuerza de embustes y engaños; el día 18 de julio se afirmó que la República ya no existía, y desde aquella fecha, todos los periódicos y órganos de propaganda, incluso el púl-

pito, se han dedicado a sugestionar al pueblo con el relato de la subversión social, dominio bolchevique y crímenes horribles, que en la zona republicana imperan.

No se detienen ante nada para servir a las gentes incultas e impresionables el diario sustento mantenedor del rencor y el odio: relatos interminables y monótonos de tormentos, marca clásica del jesuitismo; constantes relaciones de asesinatos, casi siempre desmentidos posteriormente, pero no importa, pues ya causaron el efecto deseado a su tiempo; muertes de escritores famosos, como la de Benavente, narrada con lujo de detalles y torturas, cuya falacia es fácil y felizmente comprobable; de hombres de ciencia, como el doctor Gómez Ulla, de figuras populares, como el torero Vallalta, de obispos, como el de Valladolid.

Recuerdo que en Valladolid asistí a unos solemnes funerales, realizados con asistencia de las autoridades en memoria de Ricardo Zamora, el futbolista famoso que actualmente — y no en espíritu, sino en carne mortal — actúa en un equipo francés...

En sufragio del Arzobispo de Valladolid, señor Gáldasegui, «asesinado por los rojos vascos separatistas (hordas)», se desplegaron ceremonias impresionantes; los veinte días se presentaba el Reverendo Prelado en su Diócesis, sano y bien conservado, en su automóvil oficial, ¡procedente de la zona roja!... donde le sorprendió el movimiento. Ante la gente atónita que a dió a recibirle, negó todas sus torturas y aflicciones inventadas, expresando, por el contrario, las atenciones y respeto de que fué objeto... lo que le valió ante la gente reaccionaria el dictado de «el Obispo rojo»; la necesidad de que los requetés le montaran una guardia permanente, pues sin respeto alguno a su dignidad y jerarquía, había quien hablaba de darle no sé qué «paseitos»...

Otro truco que causó gran efecto también en la zona, fué el de las famosas «listas rojas», en las que se hallaban relacionados por los «rojos» con sus señas personales, domicilios y forma de recibir la muerte, todos los elementos reaccionarios y de prestigio de la ciudad respectiva.

De vez en cuando, al practicarse una detención importante, aparecía una «lista» de aquellas; con ella se lograban dos objetivos: justificar la detención y promover la excitación indignada de los «apuntados» en la lista. Al verse así designados para una ejecución «frustrada», eran, naturalmente, elementos aptos para la represión vengativa.

En Burgos, en esta cuestión de las «listas», se llegó a una perfección y refinamiento admirables.

Había listas con graves señores apuntados para la

(Continuará.)

(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana, secretario judicial de Burgos.)

## Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

no haber querido y no querer renegar del lazo de sangre o del lazo viril que les une a su pariente.

El 31 de julio de 1929, cuatro días después de la evasión de Carlo Rosselli, su esposa (inglesa de nacimiento, en un tiempo profesora del British Institute, de Florencia), fué detenida en Courmayeur, en donde se hallaba de veraneo con su hijo (niño de dos años), transportada a Aosta y encerrada en la cárcel, con prostitutas y ladrones. Al mismo tiempo, Nello Rosselli, hermano de Carlo, historiador, que había llevado hasta entonces una vida muy retirada y se mantuvo siempre apartado de toda actividad política, sufrió análogo trato. Acusado, por represalia, de complicidad con su hermano, fué encarcelado el 29 de julio en Florencia y trasladado unos días después—debidamente esposado como un delincuente común—a la isla de Ustica.

Particularmente terrible fué el calvario que tuvo que recorrer en 1933—entregado a merced del arbitrio más escandaloso y de la persecución más abominable—la familia del antifascista Rinaldi, de Mercato Saraceno. Mientras que Rinaldi, voluntario de guerra, mutilado y condecorado, cumplía en una isla del Mediterráneo su temporada de aguas, a que fué condenado so pretexto de haber conspirado contra las instituciones del Estado, su esposa recibió la visita de un teniente de la milicia, encargado de obtener de ella, por medio de amenazas, informes susceptibles de comprometer más a su marido.

Tal fué la brutalidad que empleó el oficial, que la pobre mujer, sobrecogida de espanto, cayó de repente, desmayada, al suelo. Murió unos instantes después. Para vengar a su madre, el hijo de Rinaldi, de catorce años de edad, disparó un tiro al teniente y le hirió. Fué inmediatamente detenido y al mismo tiempo se

dió orden de encarcelar al padre y de ponerlo—bajo la acusación de complicidad en el atentado cometido por su hijo—a disposición del Tribunal especial.

### Muertos en la cárcel. El martirio de Gaston Sozzi.

Salvo muy raras excepciones, debidas a desfallecimientos físicos inevitables, la actitud mantenida por los antifascistas italianos durante estos feroces procesos fué admirable, verdaderamente inspirada en el más puro heroísmo. Pero ello no impidió, sin embargo, el sufrimiento y las torturas que sus cuerpos tuvieron que sufrir, muchas veces, para mantener su indomable resistencia moral.

Nadie puede decirnos cuántos son los que, habiendo agotado irremediablemente toda reserva de energía, sucumbieron, sin siquiera el viático de un dulce abrazo fraternal, sobre un camastro, ni los que, ante el temor de enloquecer, o por no soportar el peso atroz de la desesperación, se dieron a sí mismos la muerte.

Día llegará en que se pueda hacer la lista completa y en que ajustemos cuentas.

Hoy no conocemos más que una parte ínfima de la verdad. Muros espesos y barras sólidas protegen a las prisiones italianas contra toda indiscreción. Pero esos muros y barras no son, a veces, lo suficientemente espesos o sólidos para impedir que un eco, siquiera sea muy débil, muy lejano, resuene fuera y dé a conocer lo que se perpetra en el interior del recinto infernal. De cuando en cuando se oyen revelaciones espantosas.

Súpase así el suplicio terrible de Sozzi, Sanvito y Pirola, que desaparecieron silenciosamente uno tras otro, en el espacio de unos meses, en 1928.

Gastone Sozzi es una de las figuras más nobles, más generosas y de más valor del antifascismo militante. Nacido en Romagne, la tierra clásica de las pasiones impetuosas, de los sublimes holocaustos a la causa de la libertad humana, esa tierra cuyos renombre y tradiciones tratan, en vano, de oscurecer la apostasía, el arrivismo y el crimen, fué enseñado desde su infancia a nutrir su espíritu con las grandes esperanzas que fecundaba la predicación del socialismo.

En aquel tiempo Mussolini representaba a la perfección el papel seductor de apóstol incorruptible de la liberación proletaria. En su escuela fué iniciado el

joven Sozzi en los misterios de la doctrina y en la técnica de la acción. Sin ninguna duda, a nadie ofreció la futura víctima testimonios más ardientes de admiración y de gratitud que aquellos de que, entonces, rodeó al que había de ordenar su suplicio.

Algunos años después, cuando el fascismo, con él «duce» a la cabeza, subió al Poder, Gastone Sozzi fué encarcelado por haber permanecido fiel a sí mismo y por haber despreciado, firme en su fe, todos los peligros y desafiado todas las persecuciones.

Encerrado en una celda inmunda, fué entregado a la voluptuosidad criminal de los más siniestros inquisidores, quienes, para vencer su obstinación, para arrancar a su conciencia sus secretos más íntimos, experimentaron en su cuerpo los procedimientos más sanguinarios.

Un día, el experimento (de los lavados prolongados con una fuerte solución yódica) terminó en la muerte del paciente. Nadie supo jamás lo que fué de su cadáver. A la madre del mártir se le negó hasta el consuelo ilusorio de poder cubrir de flores, de cuando en cuando, la tumba de su hijo.

Sanvito, portero de profesión, fué detenido porque se le consideró culpable de no haber denunciado a la policía a los inquilinos sospechosos de dedicarse a una actividad subversiva. Encerrado en la cárcel, no tardó en salir en un ataúd, después de haber sufrido horribles suplicios.

Pirola, jefe de estación, acusado de conspirar contra el régimen, fué condenado, en su celda, a una muerte lenta por haber tenido la audacia de ofrecer resistencia a las solicitudes atroces de la máquina de soltar lenguas.

Particularmente terrible fué, sin embargo, el fin que se le preparó a Cociacich.

Cociacich, militante de la Venecia Juliana, es aprehendido por la policía en 1929, bajo la inculpación de haber distribuido literatura comunista, y en seguida condenado, por el Tribunal especial, a tres años de reclusión. Durante una semana entera fué apaleado metódicamente con matracas. Los policías cumplen su cometido tan brutalmente que al término de cada sesión, sufre abundantes hemoptisis.

Dotado de una constitución atlética, confía en su fuerza excepcional de resistencia.

(Continuará.)